

JUAN MANUEL DANZA
Editor

VII

JORNADAS DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES

HOMENAJE A
JUAN CARLOS GARAVAGLIA

5 AL 7 DE DICIEMBRE DE 2017



COLECCIÓN
CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES



DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES
UNS

VII Jornadas de investigación en humanidades / Mariano Martín Schlez... [et al.];
editor Juan Manuel Danza. - 1a ed. - Bahía Blanca: Editorial de la Universidad
Nacional del Sur. Ediuns, 2023. Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-655-333-9

1. Historia. 2. Literatura. 3. Filosofía Contemporánea. I. Schlez, Mariano Martín
II. Danza, Juan Manuel, ed.
CDD 300



Editorial de la Universidad Nacional del Sur
Santiago del Estero 639 | (B8000HZK) Bahía Blanca | Argentina
www.ediuns.com.ar | ediuns@uns.edu.ar
Facebook: Ediuns | Twitter: EditorialUNS



Diseño interior: Alejandro Banegas

Diseño de tapa: Fabián Luzi

Corrección y ordenamiento: Juan Manuel Danza

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial-Sin
Derivadas. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>



Queda hecho el depósito que establece la ley n° 11723

Bahía Blanca, Argentina, agosto de 2023.

© 2023 Ediuns.



Universidad Nacional del Sur

Autoridades

Rector

Dr. Mario Ricardo Sabbatini

Vicerrectora

Mg. Claudia Patricia Legnini

Secretario General de Ciencia y Tecnología

Dr. Sergio Vera



Departamento de Humanidades

Autoridades

Director Decano

Dr. Emilio Zaina

Vice Directora Decana

Lic. Mirian Cinquegrani

Secretaria Académica

Lic. Eleonora Ardanaz

Sec. de Extensión y Relac. institucionales

Dra. Alejandra Pupio

Sec. de Investigación, Posgr. y Form. Continua

Dra. Sandra Uicich

Comité académico

Dr. Sandro Abate

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur - CONICET

Dra. Marta Alesso

Fac. de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa

Dra. Ana María Amar Sánchez

Spanish and Portuguese Department, University of California, Irvine

Dra. Adriana Arpini

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo - CONICET

Dr. Marcelo Auday

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dr. Eduardo Azcuy Ameghino

Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires

Dr. Fernando Bahr

Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral - CONICET

Dra. M. Cecilia Barelli

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dra. Dora Barrancos

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires - CONICET

Dr. Raúl Bernal Meza

*Departamento de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional del Centro*

Dr. Hugo E. Biagini

*Centro de Estudios Históricos, Universidad Nacional de Lanús - Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires - CONICET*

Dr. Lincoln Bizzozero

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay

Dra. Mercedes Isabel Blanco

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dra. Nidia Burgos

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dr. Roberto Bustos Cara

Departamento de Geografía, Turismo y Arquitectura, Universidad Nacional del Sur

Dra. Mabel Cernadas

Universidad Nacional del Sur - CONICET

Dra. Laura Cristina Del Valle

Departamento de Humanidades Universidad Nacional del Sur

Dr. Eduardo Devés Valdés

Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile

Dra. Marta Domínguez

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dr. Oscar Esquisabel

(Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata- Instituto de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología, Universidad Nacional de Quilmes - CONICET

Dra. Claudia Fernández

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata - CONICET

Dra. Ana Fernández Garay

Departamento de Letras, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa - Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires - CONICET

Dra. Estela Fernández Nadal

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo - CONICET

Dra. Lidia Gambon

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dr. Ricardo García

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dra. Viviana Gastaldi

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dra. María Mercedes González Coll

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dr. Alberto Giordano

Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral - CONICET

Dra. María Isabel González

Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Dra. Yolanda Hipperdiner

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur - CONICET

Dra. Silvina Jensen

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur - CONICET

Dra. María Luisa La Fico Guzzo

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dr. Javier Legris

*Departamento de Humanidades, Facultad de Ciencias Económicas,
Universidad de Buenos Aires - CONICET*

Dra. Celina Lertora Mendoza

CONICET

Dr. Fernando Lizarrága

Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue - CONICET

Dra. Elisa Lucarelli

*Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires*

Dra. Stella Maris Martini

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Dra. Elda Monetti

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur

Dr. Rodrigo Moro

Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur - CONICET

Dra. Lidia Nacuzzi

*Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires - CONICET*

Dr. Ricardo Pasolini

Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro - CONICET

Sartre vs. Camus/Camus vs. Sartre: o de qué hablamos cuando hablamos de “polémica”

Claudio Ariel Dobal¹

Entre los meses de mayo (n.º 79) y agosto (n.º 82) de 1952, en la revista *Les Temps modernes*, se dio la denominada “polémica Sartre/Camus” que culminó con la relación de dos de los escritores más representativos de la primera mitad del siglo XX europeo. A partir de una presentación (*exposés*) de Francis Jeanson sobre *El hombre sublevado*,² Albert Camus y Jean-Paul Sartre escribieron y publicaron, tres meses después, sendas correspondencias (*correspondance*) en las que dirimieron mucho más que algunos aspectos sobre el significado y el alcance real de las problemáticas que abordaba el libro aparecido en octubre de 1951. Si bien en todos estos textos (traducidos originalmente en la Argentina en el año 1953 en la revista *Capricornio*, de Bernardo Kordon,³ y recopilados posteriormente en el

¹ Departamento de Humanidades. Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina, correo electrónico: claudiodobal@yahoo.com.

² Se utiliza aquí la traducción propuesta por Ronald Aronson en su libro (2006: 164):

“Si no se puede considerar a un rebelde fuera de la autoridad contra la que se rebela, y que a menudo le suprime, «el hombre sublevado» permanece independiente de la autoridad, pero sin dirigirse hacia la victoria deseada por los “revolucionarios”. El uso más ambiguo de Camus de *l'homme revolté* transmitía la intención de distinguir el impulso original de sublevación del par conectado internamente: el rebelde, que se levanta y continuamente impugna un poder contra el que se rebela, conduciendo a las consecuencias más horribles; y los revolucionarios, que con una frustración nihilista buscan transformar el mundo y sucesivamente ganan poder para hacerlo. El título de Camus también preservaba el sentimiento de una persona que se subleva contra la sociedad establecida tras la revolución”.

³ En la advertencia final de la edición/recopilación de 1964 (única en castellano) Liliana Hecker agradece a Bernardo Kordon por la colaboración con la revista y por haber permitido reproducir las traducciones publicadas originalmente, por primera y única vez en Argentina, en la revista mencionada. Se aclara, aquí,

volumen de *El escarabajo de oro* de 1964)⁴ se pueden observar algunas de las características típicas de las reseñas literarias y de los debates de los intelectuales⁵ propios de la época, es notorio ver que en ellos se suman algunos ribetes, pasionales, verbalmente violentos, o sospechosamente silenciosos, que refieren a disputas personales, o detalles íntimos de una larga relación de amistad.

Al respecto, y tomando como punto de partida las publicaciones argentinas de los textos, es interesante pensar que si bien se denomina a todas las intervenciones como participantes de una gran “polémica”,⁶ dicha palabra (*polémique*) solo es utilizada una vez en las mismas:

que se ha compulsado la traducción de Judith Coin con sus originales franceses para hacer más claros algunos pasajes de los textos.

⁴ Vale mencionar que todas las citas de Sartre, Camus y Jeanson que aparecen en este trabajo corresponden a esta edición de 1964.

⁵ Este término se utiliza aquí, y en el resto de este trabajo, de acuerdo con la segunda acepción que reseña Carlo Marletti (1983) en su definición del mismo:

“...los intelectuales son los escritores “comprometidos”. Por extensión, el término se aplica también a artistas, investigadores, científicos y, en general, a los que han adquirido, con el ejercicio de la cultura, una autoridad y un influjo en las discusiones pública. Esta última acepción [...] está relacionada con el discutido problema de conducta política de los intelectuales y de su actitud crítica y cuestionadora, que los predispone a la oposición de izquierda y, no rara vez, también al apoyo militante de movimientos revolucionarios. [...] Aun en la actualidad, señalarse a sí mismo o a los demás como intelectuales, no designa, en efecto, únicamente una condición social y profesional sino que sobreentiende una elección polémica de ubicación y de alineamiento, la insatisfacción por una cultura que no es capaz de convertirse también en política, o por una política que no quiere entender las razones de la cultura” (819-820).

⁶ En la misma advertencia referida en la segunda nota al pie, Hecker imprime las palabras con las que Kordon prologó, en su revista, los textos traducidos:

“Iniciamos la divulgación de polémicas y encuestas que señalan el acento inconfundible de nuestra época. En esto consiste la importancia de la polémica Sartre-Camus desarrollada a través de “Les Temps modernes”. A la presente crítica de Francis Jeanson que rompió el fuego, siguió la contestación de Albert Camus y la réplica de Jean Paul Sartre, que publicaremos en sucesivos números de nuestra revista. Nos proponemos, además, promover una encuesta sobre problemas culturales en el orden nacional ¿Existe una nueva literatura argentina? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué problemas enfrenta? A modo de presentación, solo afirmamos que no hay razón confesable para que la literatura argentina signifique evasión de los problemas que interesan a la comunidad nacional e indiferencia sobre la marcha del mundo” (101).

Es así que se comprende que determinar estos textos como una “polémica” proviene ya desde su primera y única traducción, y que esa denominación se mantiene en su posterior reedición.

Al respecto, y como una suerte de desvío, vale remarcar que para el director (Kordon) y los redactores de esta revista, y a diferencia, por ejemplo, de los de la revista *Sur* (que originalmente comentaron y se posicionaron con respecto a los dichos, especialmente de Sartre, pero que no tradujeron las intervenciones, Cfr. Celentano, 2007), estos textos representan una de las cuestiones de época sobre la cual no se puede

frente al término traducido como “discusión” o “debate” (*discussion*) que es escrito en más oportunidades, especialmente en la carta de Camus, y con tono de reclamo, la palabra “polémica” es la que utiliza Jean-Paul Sartre no solo para nominalizar todo el intercambio, sino también para dar por terminada tanto su larga respuesta pública, como la comunicación entre los dos amigos y compañeros.⁷ Esta situación que va de una última palabra a un título generalizador permite indagar sobre el valor relativo de dicho término, y sobre el modo en que el mismo, corrido apenas de su interpretación literaria más tradicional,⁸ puede ayudar a considerar las operaciones argumentativas y políticas que se pusieron en juego durante la disputa pública de 1952.

Para esto, los trabajos de Ruth Amossy y su grupo de estudio de la Universidad de Tel Aviv funcionan como marco teórico pertinente para abordar la cuestión de la polémica en los medios de comunicación masivos: incorporando la polémica al *continuum* argumentativo, Amossy (2014)⁹ propone pensarla como una forma que, lejana de la búsqueda

permanecer indiferente. El gesto de traducir estos textos, por supuesto, permitió a los lectores e intelectuales argentinos ser parte de ese público que, a la larga, terminó optando, prefiriendo, entre alguno de los contendientes (Cfr. Dillon, 2010).

⁷ “Espero que su silencio hará olvidar esta polémica”, dice finalmente Jean Paul Sartre, aunque el texto original dice, textualmente: “J’espère que notre silence fera oublier cette polémique.”, lo que permite afirmar que la traducción debería ser “Espero que nuestro silencio hará olvidar esta polémica”, dándole a la frase un sentido completamente diferente: frente al silenciamiento del otro que se puede apreciar en la traducción argentina, el original se sustenta en el silencio propio, en la voluntad de no volver a discutir otra vez al respecto.

⁸ En este sentido, Mario Vargas Llosa (1984: 11) plantea que la polémica, como tal, es una larga tradición de fuegos de artificio dialécticos en los que ningún pueblo ha superado a los franceses, con su formidable despliegue de buena retórica, desplantes teatrales, golpes bajos, fintas y zarpazos, y una abundancia de ideas que produce vértigo. Teniendo en cuenta esta definición, que se establece a partir de la polémica en cuestión, resulta llamativo ver las relaciones que se producen con la teorización propuesta por Amossy.

⁹ Este trabajo se sustenta principalmente en el capítulo “Por una retórica del *dissensus*: las funciones de la polémica” compartido por la Dra. Natalia Raimondo Anselmino (Doctora en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Rosario e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). La versión trabajada aquí es previa a la publicación *Apologie de la polémique* (2014), libro en el que ella aborda cada uno de estos conceptos de forma pormenorizada. Esto último, además de estar confirmado en el mismo capítulo aquí revisado, es lo que sostienen las diferentes reseñas que se realizaron del libro por Julien Auboussier [<https://semen.revues.org/10504>], Mihaela Damba [<https://communication.revues.org/5926>] y Justine Simon [<https://questionsdecommunication.revues.org/9432>]. Además, muchas de las ideas propuestas aquí por Amossy, surgen y se pueden revisar en la edición del número 31 de la revista *Semen* (2011) [<http://semen.revues.org/9050>] donde la

dialógica de consenso entre las partes, se fundamenta en la postulación y mantenimiento del disenso entre dos posturas sobre una cuestión de interés público que se presentan, sostienen y fortalecen como antagónicas mediante la *dicotomización*, la *polarización* y el *descrédito hacia el otro*.

Para explicar estos términos, Amossy considera que la polémica se diferencia del simple debate porque la posición de los discursos es allí objeto de una clara *dicotomización*¹⁰ en la que dos opciones antitéticas se excluyen mutuamente, radicalizando las posturas y haciendo casi imposible llegar a una resolución consensuada. Esta radicalización tiene, como finalidad, subrayar el carácter lógico de la dicotomía propuesta; acentuar la incompatibilidad de las posiciones tomadas; y recalcar la inexistencia de alternativas intermedias. De este modo, en la polémica se presentan construcciones dicotómicas absolutas, sustentadas por los marcos socio-culturales, de creencias y de circunstancias históricas de los contendientes, que funcionan al servicio de objetivos argumentativos de cada uno de ellos, y que encierran a las partes en un cara a cara en el que las posiciones se establecen como inconciliables.

Esta dicotomización, siguiendo a Amossy, suele acompañarse con una *polarización*¹¹ que ya no se define tanto en términos de oposición lógica, sino como de división social entre un “nosotros” y un “ellos” potencialmente definitivos. En este sentido, la polarización logra que un público extremadamente diversificado se fusione en dos grupos fuertemente contrapuestos y mutuamente excluyentes, y que compartan los valores que cada argumentador considera fundamentales en la polémica. Estos valores terminan construyendo identidades sociales enemigas, que no solo se afirman positivamente por lo que los identifica, sino que, ante todo, se definen a partir de la negatividad, de lo que no comparten con el grupo contrario.

investigadora y sus colaboradores ya bosquejan algunos de los términos o cuestiones aquí trabajadas con casos particulares.

¹⁰ Amossy toma, para conceptualizar este término, el trabajo de Marcelo Dascal “Dichotomies and Types of Debates” publicado en *Controversy and Confrontation*, libro editado por Frans van Eemeren y Bart Grassen en 2008.

¹¹ En este caso, Amossy desarrolla este término apoyándose en el clásico trabajo de Andrew King y Floyd Douglas Anderson de 1971 “Nixon, Agnew and the Silent Majority”: A case Study in the Rhetoric of Polarization”, publicado en *Western Speech*; en el de Eithan Orkibi “Ethos collectif et rhétorique de polarisation: le discours des étudiants en France pendant la guerre d’Algérie”, publicado en *Argumentation et Analyse du Discours 1*, en 2008; y en el de Marsha Vanderford de 1989, “Vilification and social movements: a case-study of pro-life and pro-choicerhetoric”, aparecido en *Quarterly Journal of Speech* 75.

Esta particularidad conlleva a que la polémica utilice constantemente la *desacreditación del otro*¹² (sea una persona determinada o el punto de vista que sostiene) a quien no solo se ataca verbalmente, sino también se lo refuta y descalifica como contendiente. En este sentido, la argumentación no se sostiene tanto en la demostración de los puntos favorables que tiene la idea defendida, sino que se fundamenta en la desacreditación del *ethos* del adversario, de su figura como argumentador, de modo que se termine minando la confianza que el público pueda acordarle.¹³ Esto no es menor si se considera que toda polémica, en cuanto dispositivo de comunicación (y a diferencia del diálogo), involucra tres instancias estructurales y enunciativas: por un lado, el Proponente y el Oponente, en roles antitéticos, y por el otro, el Público al que se destina el despliegue de la confrontación y que, en definitiva, es quien tiene la última palabra sobre quién es el “vencedor” de la disputa mediática.¹⁴

Ingresando a la polémica específica, vale decir que, allá de que el primer artículo de Francis Jeanson, “Albert Camus o El Alma Rebelde”, responde formalmente a una “presentación” crítica de *El hombre sublevado*, ya en su primera oración se pueden advertir todas las características constitutivas de una polémica. Si hubiese que resumir el libro, y lo que significó, también se podrían traer aquí las palabras de Mario Vargas Llosa (1976):

El Hombre Rebelde es un análisis del espeluznante proceso teórico que ha conducido al nacimiento de las filosofías, del totalitarismo, es decir los mecanismos intelectuales por los que el Estado moderno ha llegado a darle al crimen y a la esclavitud una justificación histórica. El nazismo, el fascismo, el anarquismo, el socialismo, el comunismo, son los personajes de este deslumbrante drama, en el que vemos cómo, poco a poco, en una inversión casi mágica, las ideas de los hombres se emancipan de pronto de quienes las producen para, constituidas como una realidad autónoma, consistente y belicosa, precipitarse contra su antiguo amo para sojuzgarlo y destruirlo.

¹² Para definir esta práctica, Amossy toma como referencia el trabajo fundador de Catherine Kerbrat-Orecchioni de 1980, “La polémique et ses définitions”, en *Le discours polémique*, editado por Nicole Gelas y la misma Kerbrat-Orecchioni; el libro de 1982 de Marc Angenot, *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*; y el texto de Alan Brinton de 1986. “Ethotic argument” publicado en *History of Philosophy Quarterly* 3.

¹³ El argumento *ad hominem*, entonces, funciona como una herramienta válida que refuerza la imagen positiva del proponente y destruye la figura del otro, del oponente, tachándolo de no creíble o de falto de autoridad para discutir el tema.

¹⁴ Esta estructuración, y el rol preponderante de esta tercera instancia, permiten considerar a la polémica pública en un rol constitutivo del régimen democrático ya que ofrece una forma de seguir compartiendo un mismo espacio, sin necesidad de destruirse físicamente, incluso cuando el acuerdo parezca imposible.

La tesis de Camus es muy simple: toda la tragedia política de la humanidad comenzó el día en que se admitió que era lícito matar en nombre de una idea, es decir el día en que se consintió en aceptar esa monstruosidad: que ciertos conceptos abstractos podían tener más valor e importancia que los seres concretos de carne y hueso.

El caso del *Hombre rebelde* es, sin duda, bastante excepcional. Al tratarse de las más candentes cuestiones de la época —aún de aquellas que motivan la división de los hombres del mundo entero, y por las cuales en ciertos lugares ya se están matando—, esta obra ha conseguido, sin oposiciones, la adhesión de las opiniones más diversas (9)

En primer lugar, se reconoce que los temas debatidos en el libro de Camus son de interés público,¹⁵ y que los mismos son de aquellas cuestiones que *dicotomizan* las posturas de los hombres, al punto de *polarizarse* de tal manera para terminar quitándose la vida entre ellos. Luego, al decir que la obra logró el reconocimiento generalizado, está *desacreditando* de manera sutil, irónica, el alcance y la potencia del texto para enseguida, y por medio de preguntas retóricas,¹⁶ recriminarle la adhesión obtenida por parte de las publicaciones de derecha e interrogar si acaso “...pudiera explicarse esta satisfacción general por una cierta inconsistencia de su pensamiento, que lo haría indefinidamente plástico y maleable, apto para sufrir múltiples y diversas formas...” (9-10). De esta manera, Jeanson aplica, antes de comenzar a desmenuzar el texto, lo que podría definirse como una violencia verbal (indirecta, en este caso) contra el autor; forma discursiva que tendrá en general su artículo y que, más adelante, retomará al criticarle directamente a Camus su preparación académica¹⁷ y su espíritu mediterráneo.¹⁸

¹⁵ Y por “público” aquí se refiere a todos los hombres del mundo entero, y no solo a los lectores de *Les Temps modernes*, o revistas similares de la segunda posguerra parisina. Esta aclaración de Jeanson cobra relevancia al pensar la introducción de la revista *Capricornio* y ver ambas publicaciones interactuando, tal vez sin sospecharlo, entre ellas.

¹⁶ Recurso que Jeanson va a utilizar durante casi todo su artículo y que va a marcar no solo el tono irónico del mismo, sino también el modo de invocar al público lector.

¹⁷ Una de las frases que resumen este cuestionamiento es la referida a su título universitario, ya que confronta su preparación académica con la recibida por, por ejemplo, Sartre y su grupo de París: Se comprende que el señor Marcel Moré, que mucho lo aprueba en su crítica de Saint-Just, se sienta, a pesar de todo, obligado a calificarlo en teología con un confirmado cero (20). Esta frase, según Rubén Maldonado Ortega (2007: 167) resulta crucial, ya que sugiere que la preparación filosófica de Camus hubiera sido reprobada frente a autoridades más exigentes, y será en parte la base que utilizará Sartre para ahondar en su cuestionamiento intelectual al argelino.

¹⁸ Entiendo que lo de espíritu mediterráneo es una suerte de ofensa hacia la actitud de Camus de buscar una solución democrática, más pacífica, a las problemáticas inherentes a la posguerra (Cfr. Colinas, 1995)

No obstante, más allá de lo que pueda desprenderse de la desacreditación general del escritor argelino, el texto de Jeanson, discursivamente hablando, no deja de ser una crítica literaria del libro como tal.¹⁹ En sí, su comentario no ahonda en las problemáticas cruciales de la época antes nombradas, sino que se dedica a cuestionar y debatir los valores y las falencias que Camus muestra en la construcción de *El hombre sublevado*, tanto en el estilo (al considerar que el mismo está escrito demasiado hermoso para tratar un tema como los crímenes del hombre, 10-11), como en las ideas provocativas que recalcan un maniqueísmo “que sitúa al Mal en la historia y al Bien fuera de ella” (25).

De esta manera, Jeanson reconoce, enuncia, y toma posición en la *dicotomización* que, según él, propone el libro de Camus. Sin embargo, elige no *polarizar* su reseña, porque no es lo que genéricamente corresponde, y no construye un “nosotros” contra “ellos”, sino que ubica al argelino como una individualidad que está reflexionando, solo y con fundamentos equivocados²⁰ sobre cuestiones de peso para el mundo entero. Pero, más allá de no compartir el posicionamiento esbozado con respecto a la historia (entre otros), la reseña entiende que Camus sigue siendo parte de ese “nosotros” intelectual francés desde el cual se le ruega, al final, que no se deje fascinar por los elogios recibidos (y mucho menos los recibidos por los lectores de derecha) y que vuelva a encontrar su voz personal e irremplazable para toda una generación.

Como se sabe, la respuesta que Albert Camus a la crítica recibida desoyó ese ruego y presentó, a la vez, una elevación de la disputa intelectual, una nueva dicotomización sobre la cual hablar, y una polarización que determinará el tono de las respuestas que le terminen dando desde la revista. Es importante destacar que, según dice en su carta, Camus esperaba un debate o al menos una discusión con sus antiguos compañeros; un intercambio de ideas que sirviera para construir ese “nosotros” de manera más robusta,²¹ pero al encontrarse,

¹⁹ Una *exposé*, si se toma no solo el término, sino también la sección específica de *Les Temps modernes*.

²⁰ En este sentido, Ronald Aronson (2006: 195-199) interpreta que Jeanson dirige su crítica no tanto hacia el libro, sino más bien hacia su autor, Camus, que resulta el objeto de los cuestionamientos más fuertes. De esta manera, aunque no se busca la polarización (Jeanson se atempera en su lenguaje y no excluye al argelino de la izquierda), sí se pone de manifiesto la desacreditación del otro a partir de ciertas argumentaciones *ad hominem* que, como se vio, hacen tambalear la figura de Camus como pensador, aunque no como provocador o escritor.

²¹ En este sentido Camus, al hablar de lo que se podría haber hecho con su libro dice:

“Un crítico leal y sagaz, en vez de tratar de ridiculizar una tesis imaginaria, se hubiera confrontado con mi verdadera tesis, que afirma que servir a la historia por la historia misma conduce a cierto nihilismo. En cuyo caso él habría intentado probar que la historia puede aportar, por sí sola, valores que no sean los de la sola fuerza, o intentando probar que el hombre puede guiarse dentro de la historia sin recurrir a

según él, con “una crítica desleal”,²² el argelino considera la separación ya dada²³ e interpela a la revista como un todo, la establece como el objeto primordial de su crítica, y se erige por fuera de ese plural²⁴ del cual se podía sospechar todavía parte.

De esta manera ya en el primer párrafo Camus (el proponente) establece lo que va a ser su modo de respuesta: le escribe al director de *Les Temps modernes* (Jean-Paul Sartre, “Monsieur le Directeur”, su oponente), para someter al juicio de sus lectores (“vos lecteurs”, el público que en cierto modo dirimirá la cuestión, pero que hasta ese momento compartían) lo que para él resulta ser un síntoma de la actitud y el método intelectual que lleva adelante la revista en sí misma. Esto, además de ser una primera *desacreditación* del otro (Jeanson a quien no le dirige la carta), establece un nuevo campo de batalla retórico e intensifica la contienda: la revista es la del oponente, el público es (por ahora) el del oponente, y el proponente se posiciona a sí mismo como el único capaz de orientar a esos/sus lectores sobre el debate que no fue, sobre el libro que escribió y sobre lo que, según él, debiera ser la actitud intelectual frente a la verdad:

No se juzga la verdad de un pensamiento según se lo coloque a la derecha o a la izquierda, y aún menos de acuerdo a lo que la derecha y la izquierda pueden hacer de él [...] En fin, si la verdad me pareciera estar a la derecha, allí estaría yo (33).

ningún valor. No creo que estas demostraciones sean fáciles, pero no he de creer que sean imposibles para un espíritu mejor dotado que el mío. El intentarlo nos hubiera hecho progresar a todos en conjunto, y, a decir verdad, no esperaba menos de usted” (41).

²² Camus cuestiona el texto de Jeanson diciendo:

“No he hallado en él ni generosidad ni lealtad hacia mí, sino únicamente el rechazo de toda discusión profunda y la voluntad vana de traicionar, adulterándola, una posición que no podía traducirse sin ponerse de inmediato en el caso de un verdadero debate” (43).

Esta oración funciona, en su versión original en francés, como final de la primera parte de la carta (separación que se pierde en la recopilación) y es desde donde se parte para criticar la relación de *Les Temps modernes* con la historia y con el estalinismo.

No obstante, en cuanto al modo de leer su libro, Camus se interroga también antes por el proceder indigno del crítico, que según él no quiere oír y está decidido a no tener en cuenta lo que el libro realmente dice, al punto de suprimir toda posibilidad de discusión (39).

²³ Para Aronson (2006: 199) el hecho de que las críticas feroces de su libro hubieran sido firmadas por Jeanson, un colaborador joven de *Les Temps modernes*, y no por el propio Sartre, fue la causa principal, aunque no la única, que permite considerar la lectura camuseana del artículo como una declaración de ruptura por parte del filósofo.

²⁴ En este sentido, es importante pensar cuál es el plural que utiliza Camus en el último párrafo de su respuesta, cuestión que se abordará más adelante.

Esta idea, que no deja de responder a cierto idealismo (que no se desconoce ni rechaza por el autor), es la punta de lanza que va a utilizar Camus para provocar a sus otros dos receptores (oponente y público) a revisar la *dicotomización* que se presenta en su libro. Para el argelino, *Les Temps modernes* falseó la tesis principal y el método de trabajo especializado²⁵ de *El hombre sublevado* al oponer de un modo maniqueo lo que en realidad se dice allí sobre *rebelión metafísica* y la *rebelión histórica*. En pocas palabras, la diferencia radica en que Camus parece estar más de acuerdo (o más cómodo) con la primera y no tanto con la segunda (a la que considera como un modo de aceptar crímenes inaceptables); mientras que para la revista ésta significa saber adecuarse a la historia, y es la actitud que se debe tomar si realmente se pertenece y sostiene un pensamiento de izquierda.²⁶

Esta disparidad de interpretaciones es la que lleva Camus a la hipótesis, y acusación, de que en realidad todo el artículo de Jeanson, además que utilizar artimañas discursivas²⁷ para falsear la verdad y poder así sostener su tesis,²⁸ está respondiendo, inicialmente, a una defensa del dogma marxista (34). De esta forma, Camus presenta de manera clara la

²⁵ “Es necesario especializarse” (38) dice Camus en su carta para defender su propósito de estudiar el aspecto ideológico de las revoluciones, y no adentrarse en los componentes económicos de la historia.

²⁶ Y, además, la rebelión metafísica significaría estar en contra de la historia, desconocer las coyunturas, y es propia del accionar y la crítica de la derecha.

²⁷ Una de las acusaciones, tal vez más importantes en cuanto al modo de hacer la crítica, es la que se refiere a cierto cambio terminológico que se opera en el artículo de Jeanson y que termina viciando todo su análisis:

“En todo su artículo, reemplaza historicismo por historia, lo cual en efecto, basta para transformar mi libro en su opuesto y a su autor en idealista impenitente. Dejo librado a su criterio el juzgar la seriedad y dignidad de semejante método” (41-42).

²⁸ La defensa de la verdad subyacente en *El hombre sublevado* frente a la supuesta interpretación engañosa de la revista es uno de los *leitmotiv* de la carta de Camus. Tanto es así que termina por sintetizar sus aportes diciendo:

“La verdad, que es preciso volver a escribir y reafirmar ante este artículo, es que mi libro no niega la historia (negación que estaría desprovista de sentido) sino que sólo critica la actitud que lleva como finalidad el convertir a la historia en un absoluto. No es la historia, pues, lo que se rechaza, sino un punto de vista, un modo de encarar el espíritu frente a la historia; no la realidad, sino, por ejemplo, el crítico suyo y su tesis” (40-41).

Según Aronson (2006: 200-202) este tipo de acusaciones eran propias de Camus, que atacaba con respuestas autoritarias a quienes no estaban de acuerdo con él, dando “lecciones” de cómo debían leerse sus obras.

polarización que según su perspectiva se está poniendo en juego²⁹: por un lado está él y los escritores de izquierda que se animan a cuestionar el accionar real del estalinismo y, por elevación, del marxismo que habilita la creación de los campos de concentración;³⁰ y por el otro están aquellos que, ciegamente, siguen y enarbolan los preceptos del partido comunista pero esconden, y aceptan silenciosamente, los atropellos contra la propia teoría y contra la humanidad que se están cometiendo en el único lugar donde la izquierda pudo llegar y sostenerse en el gobierno.³¹

Así, Camus comienza revisando la dicotomización metafísica/historia que presentaba su crítico para darla vuelta y terminar acusándolo, a él y a todos los de *Les Temps modernes*, de haber perdido su capacidad crítica, de no poder acercarse a la verdad y de ser dogmáticos al punto de ocultar la realidad que los rodea en favor de sostener una doctrina. En el camino, utiliza los mismos términos biográficos con los que se lo cuestionó a él (no a su texto) para desacredita por omisión a quien comentó su libro, pero también al director de la revista y su relación con la historia reciente:

...ya comienzo a estar un poco cansado al verme, y al ver especialmente a antiguos militantes que nunca rechazaron nada de las luchas de su tiempo, recibir sin tregua lecciones de eficacia por parte de censores que nunca se ubicaron sino en el sentido de la historia... (50-51)

Si bien este comentario puntual es muy personal y solo podría entenderse como un “chiste interno” para los íntimamente implicados (Cfr. Aronson 2006: 202), también le permite a Camus bosquejar una división de bandos sobre los cuales él pretende seguir la discusión.³² Si bien la utilización del “nosotros” final podría entenderse, en su grado más amplio, como

²⁹ Esto puede apoyarse en las opiniones y el trabajo de Aronson, al considerar muchas de las opiniones de Sartre de ese mismo número de la revista ya como un adelanto de lo que será su adhesión al Partido comunista.

³⁰ Que, dicho sea, es para el autor el problema sobre el cual real y largamente habría que debatir (46). Esto es visto, por Aronson (2006: 203) como una incompreensión por parte de Camus de los verdaderos valores de la reseña de Jeanson: mientras que este y la revista se defendieron de los ataques realizados en *El hombre sublevado*, Camus consideró la crítica como un primer ataque del cual se defendió.

³¹ Camus escribe, al respecto: “Resumiendo a grandes trazos, en su artículo, todo se desarrolla como si ustedes defendieran el marxismo, en tanto que dogma implícito, sin poder afirmarlo en tanto que política abierta” (43).

³² Porque Camus deja abierta la posibilidad de seguir discutiendo, debatiendo, en los últimos párrafos de la carta (51-52).

englobando a los intelectuales franceses de la posguerra (grupo en el que estarían incluidos también Sartre y Jeanson, con los que se busca seguir en diálogo); o bien como agrupando a todos aquellos que buscan la verdad donde sea (lo que sería su grado más reducido, ya que nominalmente aquí estaría Camus y todos aquellos lectores a los que él pueda convencer para seguir su propuesta) es claro que su utilización apunta a provocar un posicionamiento sobre la dicotomía más coyuntural que Camus estableció en su respuesta. Entendido de esta forma, para Camus quedarían dos bandos claros: por un lado, aquellos que hacen y luchan (Camus y sus compañeros militantes recién mencionados que, por elevación, persiguen la verdad donde sea) y por el otro los que no hacen, pero censan y dan lecciones a los demás (Sartre y todos los escritores de *Les Temps modernes*).

En resumen, a diferencia de la reseña de Jeanson, la carta de Camus sí presenta la estructura de un texto polémico, ya que contiene y desarrolla los elementos fundamentales del mismo y tiene, por sobre todo, un tono y un cierre que abona la división social entre un “nosotros” y un “ellos”; establece la incompatibilidad de estos posicionamientos ideológicos; y deja abierta la puerta para una futura respuesta. Respuesta, que llega de parte del director de la revista, aunque no quizá con la intensidad que hubiese esperado Camus.

En un texto que cuenta con dos partes bien diferenciadas, Jean-Paul Sartre no solo nombra todo el intercambio como “polémica”, sino que también da un cierre concreto a la misma³³ llamándose al silencio. Es interesante, al respecto, que ya en los primeros párrafos de la contestación, el filósofo da por terminada la amistad con el argelino, aunque lamenta, literalmente, que este final esté apresurado por cuestiones banales, como la vanidad de los escritores, y no por cuestiones realmente de fondo. Este comienzo permite ya pensar todo lo que sigue desde una enunciación claramente polémica: el proponente (Sartre) va a decirle a su oponente (Camus, antiguo amigo) todo aquello que nunca antes se atrevió a decirle, aunque esto no sirva si no para polarizar aún más la situación, porque entiende que el público ya está dividido (en amigos y enemigos de uno y otro; y entre ellos y sus enemigos en

³³ Es cierto que luego de su correspondencia Francis Jeanson publica el poco relevante (Cfr. Aronson 2006: 205) “Para decirlo todo”, pero su texto, al igual que su reseña primera, no presenta dicotomías propias o polarizaciones que permitan entenderlo, desde la perspectiva teórica trabajada aquí, como un texto polémico. No obstante, en el mismo hay ciertas frases que, más allá de usar un tono para nada violento o pasional, pueden leerse como desacreditación del otro (más si se ponen en relación con la larga segunda parte de la respuesta de Sartre a Camus en donde el filósofo le recrimina al argelino su ubicación moralista con respecto a las modificaciones de la historia) que abonan la ruptura con la revista, aun dejando abierta la posibilidad de seguir debatiendo.

común) y es muy difícil que lo que siga provoque un mínimo cambio de opinión en cualquiera de ellos.

Es tal vez por la supuesta inutilidad práctica de su respuesta que Sartre comienza la misma respondiendo puntualmente a la carta que le dirigió el argelino, y centrándose casi exclusivamente en las temáticas de *El hombre sublevado*. Esta primera parte, entendida como un todo, presenta un tono muy diferente al que tendrá su continuación: aunque sin dejar de desacreditar a su antiguo compañero (a quien acusa de moralista; de “maestro con pedestal portátil”; de no acudir a las fuentes; de no saber leer las obras más arduas como las que escribió el propio Sartre; o incluso de no respetar las reglas de juego de la crítica³⁴ y correr por izquierda a su compañero de revista),³⁵ el filósofo se aviene a contestar siguiendo los mismos elementos puestos en debate por Camus. Así, el tema *dicotómico* sobre el que opina Sartre en esta primera parte no es la relación con la historia (que era lo que Jeanson entendía que el libro del argelino trataba), sino puntualmente los campos de concentración rusos, aunque visto aquí no con la misma mirada polarizante que antes había utilizado el escritor.

En efecto, en el último y larguísimo párrafo de esta primera parte, Sartre (además de pasar revista por todas las intervenciones, el hacer, que tuvo su revista sobre ese tema), propone

³⁴ Las anotaciones de Sartre al respecto del manejo de la crítica, además de ser en sí mismas un objeto de estudio aparte (la “payasada” [*bouffon*], por ejemplo, [64]), no solo refuerzan la idea inicial de entender el texto de Jeanson como una reseña sobre *El hombre sublevado* y no como un texto polémico en sí mismo, sino también apuntan a evidenciar de manera clara la polarización de la polémica dada en la respuesta de Camus:

“A Jeanson no le gustó su libro, lo dijo y esto no le causó a usted ningún placer: hasta aquí no hay nada fuera de lo normal. Usted escribió para criticar su crítica: no puede criticársele, el señor Montherlant lo hace todos los días. Podría usted haber llegado más lejos, decir que él no comprendió nada y que yo soy un tonto, poner en duda la inteligencia de todos los redactores de *Les Temps modernes*, esto hubiese sido en buena ley. Pero cuando usted escribe: “Su colaborador quisiera que nos revelásemos contra todo, excepto contra el Partido y el Estado comunistas”, confieso que ya no me encuentro cómodo...” (61).

³⁵ Sartre opina que toda la acusación sobre el pasado de Jeanson que Camus hace en su carta es innecesaria y en cierta medida torpe, porque no responde a lo que su crítico estaba planteando y porque, al igual que antes hizo con los miserables (56-57), se considera el mandatario de todo un grupo social que no lo solicitó a él como portavoz:

“Jeanson —con razón o sin ella: esto no es de mi incumbencia— le reprochaba a usted una cierta ineficacia en el pensamiento; apenas citado, el viejo militante entra en escena: él es el ofendido. Sin embargo, usted se limita a señalarlo con un gesto y a informarnos que está cansado. Cansado de recibir lecciones de eficacia, cierto, pero *especialmente* cansado de ver que los holgazanes den esas lecciones a los padres de familia” (58).

la cuestión como un tema que unifica a los dos escritores al considerar que, sí, ambos creen inadmisibles esos campos, “pero tan inadmisibles como el uso que, día tras día, hace de ellos la ‘prensa llamada burguesa’”³⁶(66), aclaración que da cuenta del modo de lectura de la realidad que le faltó mencionar y profundizar al libro de Camus, y que terminó por dar el tono ineludible a la reseña inicial de Jeanson, y a toda la polémica en sí misma. Porque, en definitiva, esto que se extrae de la respuesta sartreana es lo mismo con lo que Jeanson empezó su reseña al cuestionar el estilo aseQUIBLE de *El hombre sublevado*: el no tener en cuenta la posible recepción, y posterior uso y manipulación, que iba hacer la derecha de las críticas y posicionamientos antiestalinistas de uno de los intelectuales de izquierda más importantes de París de ese momento; el no criticar, y posicionarse, de un modo análogamente crítico frente a las injusticias y crímenes cometidos por los países capitalistas³⁷ y dejarle servido todo en bandeja al *enemigo en común*.³⁸

Pero esto, que no deja de ser una llamada de atención frente a la publicación del libro, no puede interpretarse, discursivamente al menos, como la causa de separación ideológica o política de los dos amigos. En efecto: la polarización que da comienzo al texto y que se bosqueja en frases como “éramos de la misma especie: la misma cultura, los mismos principios y los mismos intereses” (61-62) no responde en absoluto al tono de la primera parte de la respuesta, sino que es un eco adelantado de lo que se retomará en la segunda sección, de una extensión similar, donde Sartre, luego de releerse, le dice a Camus que “...fue para nosotros —quizá mañana vuelva a serlo— la admirable conjunción de una

³⁶ Oúi, Camus, je trouve comme vous ces camps inadmissibles : mais inadmissible tout autant l'usage que la «presse dite bourgeoise» en fait chaque jour.

³⁷ Desde ahí se comprende el comentario final que comienza al asegurar que “el escándalo de los campos nos afecta a todos. A usted tanto como a mí. Y también a los demás: la cortina de hierro sólo es un espejo y cada una de las mitades del mundo refleja la otra mitad” (66) y que le termina recriminando a Camus el uso de esos campos como un “argumento de reunión pública”, y acusándolo de no poder diferenciar entre esclavos y poderosos (67).

³⁸ Sartre escribe:

“...Camus, nada puede afectar al anticomunista que ya creía que la U.R.S.S. era capaz de todo. El único sentimiento que en él provocaron estas comunicaciones —me cuesta decirlo— es alegría. Alegría porque al fin ya tenía esa prueba, y porque iba a verse lo que se vería. Era necesario actuar, no sobre los obreros —el anticomunista no es tan loco—, sino sobre las buenas gentes que seguían siendo “de izquierda”, había que intimidarlos, impresionarlos con el terror. Si abríamos la boca para protestar contra cualquier abuso, de inmediato nos cerraban la boca: “¿Y los campos de concentración rusos?”. Se forzaba a la gente a denunciar esos campos, bajo pena de complicidad. Excelente método: o bien el infeliz se echaba sobre los comunistas o bien se hacía cómplice del ‘mayor crimen de la tierra’” (66).

persona, una acción y una obra” (70), y en donde, ahora sí retomando la relación con la historia como eje central, revisa la biografía y el pensamiento del argelino para dejarlo, en esa actualidad desesperada que les toca a ambos vivir, totalmente fuera de aquel “nosotros” del que alguna vez en el pasado formó parte.

Es, entonces, en el segundo segmento de la carta donde la *polarización* polémica toma cuerpo y divide de manera definitiva las aguas. Camus, en cierto modo, tenía razón: el tema eran los campos de concentración; pero también era la lectura que de ellos se hacía. Frente al *moralismo autoritario*³⁹ y cerrado del argelino, Sartre y los suyos (ese “nosotros” que engloba a los escritores y, ahora sí, también a los lectores de *Les Temps modernes*) proponen entenderlos como algo que hay que aceptar si es se quiere lograr algún tipo de cambio en el mundo.⁴⁰

Comprendido así, e incluso revisado en ese mismo sentido, Camus queda solo. Solo en una rebelión contra el absurdo del mundo y sin poder aceptar ninguna de las revoluciones en marcha. Las páginas que siguen en la respuesta (diez más, que son muestras de la excelente y cuidada verborragia sartreana)⁴¹ no hacen otra cosa que profundizar esta idea y dejar en claro que ya no existe (no puede existir) una *polarización* como tal entre los contendientes, porque Sartre ya no le da la posibilidad a su oponente de construir un “ellos” que enfrente a ese “nosotros”. “Ellos” son los anticomunistas que acusan alegremente a la gente buena de izquierda de ser cómplices del mayor crimen de la historia; “ellos” son los de la prensa burguesa que utilizan sabiamente a los torturados para criticar a ciertos torturadores; “ellos” son los que pregonan la libertad cuando tienen colonias en el resto del mundo, mineros sancionados por sus huelgas, y personas “limpiadas” con la cachiporra.

³⁹ Término que luego utilizará Jeanson en su última respuesta (92).

⁴⁰ Al respecto Sartre dice que:

“‘La historia’ presenta muy pocas situaciones más desesperadas que la nuestra, y esto excusa los vaticinios; pero cuando un hombre no sabe ver en las luchas actuales sino el duelo imbécil de dos monstruos igualmente abyectos, creo que ese hombre ya nos ha abandonado: se fue solito al rincón y refunfuña; lejos de esto el que me parezca usted dominar como un árbitro una época a la cual vuelve deliberadamente las espaldas: le veo como a un ser condicionado por ella y encerrado en el rechazo que le inspira un resentimiento muy histórico” (69).

⁴¹ Aclaración que me permito hacer porque en los dos textos en los que se criticó a Camus (Jeanson y Sartre) se hizo hincapié en el estilo del argelino, entendiéndolo como un rasgo negativo de su producción o respuesta. En este caso, también el estilo de Sartre podría ponerse en cuestionamiento por el mismo motivo (aunque no es el objeto de este trabajo), ya que también es una carta que presenta rasgos de haber sido muy bien pensada como acto en sí misma.

Camus, por el contrario, es un “él” que quedó fuera de todo, gritándole a Dios desde las Islas Galápagos.

Y es ese grito el que Sartre, y su “nosotros” ahora sí más robusto y mejor parado después del debate (como había pedido Camus), decide no responder. Sartre sigue su camino, sin dejarse caer, aunque escuchando por siempre, la voz de su antiguo compañero.⁴² Ya no puede decir más, primero, porque está seguro de lo que afirma y de la dirección intelectual tomada (aunque luego rompa con el partido comunista); y segundo porque lo que diga sobre Camus solo será repetir lo dicho.⁴³ Esto es así al punto que en el artículo publicado por el filósofo en 1960, luego de la muerte de Camus (y que resulta ser el texto final de la recopilación argentina de 1964), Sartre retoma exactamente las mismas opiniones de su respuesta y sigue profundizando sobre la cuestión de la moralidad abstracta en contraposición a la incertidumbre de la práctica concreta, y deja de lado la problemática, tal vez más coyuntural, de los campos de concentración soviéticos. Esta idea final mantiene el aislamiento de Camus por siempre, porque claramente no pertenece al “ellos”, pero tampoco es parte de ese “nosotros” que lo terminó mirando de lejos, adivinando los conflictos internos que debía estar pasando el argelino, y esperando sus intervenciones para poder debatir sobre las mismas.

Llegados a este punto, lo interesante es ver de qué manera la “polémica” particular permite repensar la teoría de Ruth Amossy sobre este género retórico. Más allá de las cuestiones que pudo reflejar el análisis estructural de los textos, se debe pensar aquí el rol significativo que tuvo esta contienda. En efecto, más allá de que ciertamente la polémica permitió defender las ideas y las posiciones de cada uno de los intelectuales, y que la misma no llevó a la destrucción física de ninguno de ellos,⁴⁴ lejos estuvo de ofrecer una forma gentil de seguir compartiendo un mismo espacio. Todo lo contrario: a diferencia de otras disputas donde se dirimen cuestiones que tienen que ver con las condiciones de vida de las personas, en esta

⁴² Esto es, en parte, lo que Aronson (Cfr. 2006: 294) afirma sobre el pensamiento y accionar de Sartre posteriormente a la disputa y es la idea con la que el filósofo, en la versión completa del original francés, comienza su homenaje a Camus luego de su trágica muerte.

⁴³ En este sentido, la respuesta de Jeanson, titulada “Para decirlo todo”, y aparecida en el mismo número que la respuesta de Sartre, ahonda en una defensa personal y fortalece aquellos argumentos ya esbozados.

⁴⁴ En este sentido, me resulta interesante seguir pensando en el modo que funciona una polémica, entendida teóricamente así, cuando se está hablando de la violencia y de permitir o no el asesinato del otro como método político. Del mismo modo, si se piensa en lo que devino luego la vida de estos dos autores, y de la importancia de uno y otro en Latinoamérica, no puedo dejar de pensar en el modo en que la cuestión de la muerte del propio o del enemigo terminó influyendo, por ejemplo, en el caso de Argelia.

polémica lo que se puso en juego no fue, ni por cerca, el derecho o no de permanecer en el suelo parisino, sino el poder ser parte del “nosotros” intelectual de París, quizá el más importante del momento en que se llevó adelante el debate.⁴⁵

Bibliografía

- AA. VV. (1694), *Polémica Sartre/Camus*, Buenos Aires, Edición de la revista *El escarabajo de oro*.
- Amossy, R. (2014), “Por una retórica del *dissensus*: las funciones de la polémica” [artículo en línea. Fecha de consulta: 28/02/2018] <https://www.scribd.com/document/326631830/Amossy>.
- Aronson, R. (2006), *Camus y Sartre. La historia de una amistad y la disputa que le puso fin*, Universidad de Valencia.
- Celentano, A. (2007), “Otro signo de la crisis: la revista *Capricornio*” [artículo en línea], en *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán [Fecha de consulta: 28/02/2018] <http://www.aacademica.org/000-108/337>.
- Colinas, A. (1995), “Espíritu mediterráneo y creación literaria”, en: *Cuadernos Hispano-americanos*, n.º 545, pp. 47-60.
- Dilon, A. (2010), “Abelardo Castillo: ‘La verdad, esté donde esté’” [artículo en línea] en *Revista Ñ*, Buenos Aires [Fecha de consulta: 28/02/2018] <http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2010/01/02/-02111172.htm>.

⁴⁵ Como bien dice Aronson (Cfr. 2006: 165), ambos se estaban convirtiendo en la voz de un grupo generacional, que los leía y apoyaba en sus actos, y tal vez por eso no se pudieron callar al momento de tener que enfrentarse al otro, tal vez por eso tuvieron que desacreditarse tanto, tal vez por eso, luego, ambos se llamaron al silencio. De todos modos, esta búsqueda de centralidad no deja de ser un elemento secundario que se desprende, pero no construye, la polémica en sí misma: como dije al comienzo, sus múltiples aristas permiten seguir indagando sobre lo que implicaron, para adentro y para afuera de Francia y de Europa, aquellas palabras tan cargadas de sentido.

En este último caso, pensar la polémica desde su traducción y publicación en la revista *Capricornio* implica verla en relación con otros artículos, pensarla en diálogo con los textos publicados sobre la esclavitud en Norteamérica; como así también pensarla desde los artículos de la revista *Sur*, o desde los ensayos de Mario Vargas Llosa, todos y cada uno formas de posicionarse, de ubicarse de uno u otro de los “bandos” intelectuales esbozados por los enemigos íntimos.

- Maldonado Ortega, R. (2007), “Todavía hoy se puede preguntar: ¿por qué pelearon Sartre y Camus?”, *Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte*, n.º 7, pp. 160-171.
- Marletti, C. (1983), “Intelectuales”, en: Bobbio, N.; Matteucci, N. y Pasquino, G. (dirs.), *Diccionario de Política. A-J*, México, Siglo XXI Editores, pp. 819-824.
- Vargas Llosa, M. (1976), “Albert Camus y la moral de los límites” [artículo en línea] en: *Inti: Revista de literatura hispánica*, n.º 4 [Fecha de consulta: 28/02/2018] <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss4/2>.
- Vargas Llosa, M. (1984), *Contra viento y marea (1962-1982)*, Buenos Aires, Sudamericana.

VII

JORNADAS DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES



DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES
UNS



COLECCIÓN
CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES

